

# Con Juan Antonio Roda

---

Julio Paredes

Desde mi primer encuentro con Juan Antonio Roda, en algún almuerzo familiar, identifiqué un rasgo que acompañó siempre nuestros posteriores encuentros: su presencia. En realidad, se trató para mí de una especie de atributo en el que parecían convergir todas las demás peculiaridades suyas, no sólo las de su fisonomía, como la estatura, la mirada y la voz, sino también cosas como el alcance de su conversación y otras que uno no podría medir, como los desconcertantes misterios que guardan sus grabados o sus autorretratos, por ejemplo. En un comienzo, y gracias, sobre todo, al carácter desenvuelto y explícito de Juan Antonio, sentí que esta presencia lanzaba también una impresión intimidante. Una impresión equivocada, claro está, pues con el tiempo y la cercanía uno terminaba por descubrir una cortesía siempre cariñosa; con el efecto duradero que marcan las amistades sinceras, por breves que hayan sido.

Gracias a una suerte especial, la presencia de Juan Antonio Roda se afianzó para mí en un “terreno” literalmente familiar. Durante casi un año viví en los mismos límites de su domicilio. Poco a poco, pienso ahora, la circunstancia me permitió entrar con Juan Antonio en un reconocimiento y un cariño domésticos, antesala apropiada para lo que terminé por entender como un descubrimiento mutuo. A pesar de la evidente, y casi inevitable, atracción que ejercía a su alrededor su reputación artística, con una solidez y un reconocimiento público de muchísimos años, yo al final me encontré con un anfitrión

afectuoso, siempre dispuesto a compartir tanto una comida bien preparada como una conversación divertida sobre cualquier tema, sin solemnidades ni acartonamientos falsos.

Sin embargo, para mí la esencia de ese afecto directo, que afirma hasta hoy los rasgos únicos de su presencia, se hizo evidente un día cuando, después de uno de estos cafés o de un almuerzo en su casa, Juan Antonio me invitó al estudio a ver una la de las últimas series de óleos en la que estaba trabajando. Fue una invitación que se repitió un par de veces más. Sé que no fui el único, pero la intimidad de la ceremonia todavía me desconcierta. Y sigo con asombro, pues no dejo de ver en ese pausado y silencioso ir y venir de Juan Antonio por el salón, montando y desmontando, no sin esfuerzo, los lienzos sobre el caballete, un ofrecimiento entrañable; la confirmación de que el lazo se mantendría, sin importar la fugacidad de los encuentros, ni del hecho que yo al final no tuviera ninguna de esas poderosas muestras de color.

Sigo pensando que Juan Antonio, cuando terminaba de montar otro lienzo y se echaba hacia atrás, recuperando lentamente el ritmo de la respiración, esperaba que yo, sentado por ahí, dijera algo de vez en cuando. Quisiera creer ahora que aceptaba como suficiente esa especie de deslumbramiento callado con el que yo respondía, y aún respondo, a sus últimos descubrimientos y a la indiscutible muestra de hospitalidad y confianza con la que siempre me recibió en su casa.

Julio Paredes